

Caminamos junto con Madre Enriqueta



Roma - 2026

Premisa

Queridas hermanas:

Estamos a punto de entrar en el mes de febrero, dedicado a nuestra Beata Madre Enriqueta y nos complace enviar un breve subsidio que nos ayude como Familia Carismática a celebrarlo con amor y beneficio espiritual.

Hemos pensado en seguir profundizando las propuestas del Camino Formativo de este año.

El esquema es muy simple, dividido en las cuatro semanas del mes, así formulado:

1. Conversión del corazón
2. Conversión de las relaciones
3. Conversión de los procesos
4. Conversión de los vínculos

A las breves reflexiones diarias que nos regala Madre Enriqueta añadimos la oración por su canonización y un apropiado canto final.

Oración por la canonización de la Beata Enriqueta Dominici

Oh Dios, Padre bueno y providente,
Tú nos has dado a la Beata Madre Enriqueta
como testigo fiel de tu amorosa presencia.
De ella aprendemos a confiar totalmente en Ti
y a testimoniar con la vida
Tu amor a los cercanos y a los lejanos.
A través de su intercesión,
danos la luz y la fuerza para cumplir
en todo y siempre Tu voluntad
y concédenos la gracia que
con filial confianza te imploramos...
Por Cristo nuestro Señor.

Amén.

(Imprimatur - Dal Vicariato di Roma 13.7.2021)

Primera semana

Tema: Conversión del corazón

“Es en la familia donde aprendemos que tenemos la misma dignidad, que hemos sido creados para la reciprocidad, que necesitamos ser escuchados y somos capaces de escuchar, de discernir y decidir juntos, de aceptar y ejercer una autoridad animada por la caridad, de ser corresponsables y rendir cuentas de nuestras acciones.” (Documento Final, *XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos*, 35).

1. Pedir perdón

Un día, ciertamente llevada por la travesura, di una respuesta impertinente a mi querida madre, ¡quien tanto me amaba y me ama! Pobre mi mamá, ¡cómo la disgusté! Esta, y la primera falta, son hasta ahora, sea la una que la otra, materia de acusación en todas mis confesiones. Estuvo bien para mí, que mi querida mamá no me perdonaba. Me humilló bien, haciéndome pedir perdón a la presencia de todos aquellos de casa, siendo que mi culpa había sido cometida en público.

¡Oh! cuánto debo agradecer al buen Dios de haberme dado una madre tan tierna, y por un tiempo tan firme y exigente en hacerme reparar con humillaciones las culpas cometidas. Era pequeña pero mi amor propio ya era muy grande. (M.E., I, p. 75).

2. Enmendarme de ese defecto

Mi hermano, que tenía dos años y medio más que yo, era muy bueno y con su firmeza corregía muchas veces mi superficialidad... Un día todo serio me dijo: ¡Sabes, Caterina, que ya no quiero tener familiaridad con una traviesa como tú! Estas palabras, dichas con tono resuelto, me golpearon y no puedo decir la fuerte impresión que hicieron en mí. Mi amor propio fue puesto en evidencia, y resolví enmendarme de aquel defecto, no tanto, a mi parecer, por amor a la virtud, sino porque me disgustaba de ser considerada defectuosa. Y también el afecto sincero que yo tenía a mi querido hermano, y la amenaza que él me hizo, también contribuyó mucho a mi enmienda. (M.E., I, p. 77-78).

3. Mi conversión al servicio divino

Un día que yo estaba más que nunca atenta a mi trabajo, vino al jardín mi querido tío y como por casualidad se encontró a mi lado, me miró así un

poco con bondad y me parecía que se complaciera de verme seria y diría inocentemente ocupada. Entonces, dirigiéndose a mí, me dijo con calma y amabilidad: Dime, Caterina, ¿de qué te sirve gastar tanto tiempo alrededor de las flores?

Yo le miré sin responder nada, y él se alejó de buen modo para volver a la casa, quizás ya convencido del buen efecto que producirían en mí sus palabras. Estas me tocaron de tal manera que no las he olvidado y aún ahora las recuerdo como si solo desde hace unos días las hubiera escuchado.

Reflexioné sobre ello largamente, y más aún porque no estaba acostumbrada a oír que me hicieran observaciones. Me bastaba una mirada y, de hecho, ni siquiera esto lograba, buscaba más bien de obrar para merecer en lugar de reproches, la aprobación de las personas que amaba y de las cuales soy amada. [...]

Tenía doce años aproximadamente cuando me sucedió lo arriba narrado, y aquel fue el punto decisivo de mi conversión al divino servicio.

Perdí poco a poco el amor a los entretenimientos y a las vanidades, abandoné mis más queridos pasatiempos, y tomé con la gracia de Dios, mayor gusto al trabajo, a la oración y a las prácticas de piedad y de manera particular a la lectura espiritual. Sean rendidas las gracias al buen Dios, que quiso por su bondad tener piedad de mi alma tan ingrata hacia Él. (M.E., I, p. 82-83).

4. La gracia del buen Dios no estuvo ociosa

La gracia del buen Dios no estuvo ociosa, obraba dulce y fuertemente en mi corazón. Declaré guerra acérrima a mi amor propio y me encontré cada vez más libre en mi actuar, y desde entonces mi corazón sintió gran desprecio por las cosas frívolas de este mundo, y se encontró en la feliz disposición de aceptar con santa indiferencia, diría con vivo deseo de estar satisfecha, cuánto de amargo y de penoso al buen Dios hubiera gustado enviarme.

Ante tanta bondad y tanto amor de Dios hacía de mí, miserable e ingrata criatura, mi corazón se sentía en la necesidad de buscar la mortificación para corresponder al menos en parte a tanta bondad, pero cada mortificación me parecía ligera.

Es cierto que no me ejercitaba más que en pequeñas mortificaciones, como, por ejemplo, dejar de decir una palabra, o decirla, según las circunstancias, esperar a beber cuando también sentía mucha sed, hacer algún esfuerzo cuando aún podría haberme abstenido sin incumplir mi

deber, estar en una postura incómoda, trasladarme muchas veces en compañía de otros para ver novedades, iluminaciones, y que se yo. (M.E., I, p. 85-86).

5. Abrir el corazón

Llegó finalmente el día de la partida (entrada al Convento), y el demonio redobló sus asaltos y suscitó en mi corazón una tan fiera tormenta que creí sucumbir y ya no sentía el valor de resistir a sus asaltos.

Recurrí al buen Dios, pero el cielo parecía hacerse sordo a mis suspiros. No sabiendo que decisión tomar fui a buscar a mi Confesor, le abrí mi corazón y le dije abiertamente que ya no sentía el ánimo de dejar la familia y entrar en religión. Me escuchó aquel buen siervo de Dios con mucha bondad, pero, lejos de compadecerme, me dijo unas pocas palabras tan resueltas y cortadas, que yo ya no me atrevía a replicar tanto más que no era su costumbre tratarme así, sino que siempre había tenido conmigo un método totalmente opuesto.

Creo sin embargo que era Dios que le inspiraba el hablarme así, porque sus palabras me sacudían de aquel estado violento en el que me encontraba y me hacían resolver y luchar generosamente hasta hacerme arrancar de los afectos de mis queridos familiares y refugiarme en el puerto seguro de la Religión.

Exteriormente mostraba de estar alegre y contenta para no aumentar en la familia la pena de la separación, y luego pensaba qué no harían mis parientes para mantenerme en casa cuando llegaran a descubrir la violencia que yo debía hacerme para cumplir mi vocación antes tan deseada por mí.

El buen Dios vino por fin en mi ayuda, cumplí con su gracia mi sacrificio, y pude vencerme a mí misma, retener las lágrimas en medio de las lágrimas y mostrarme contenta en medio de la aflicción. (M.E., I, p. 121-122).

6. Quien confía en el Señor nunca será confundido

Mi querido Dios, conozco y confieso mi debilidad e inconstancia en la ejecución de los buenos propósitos, por tanto te ruego que me des suficiente fuerza para que, cuando sea necesario, ponga en práctica el propósito hecho por mí y varias veces renovado de estar dispuesta a morir abandonada por todos en tu santa Casa, es decir en la Religión, a la cual te has dignado llamarme por tu gran misericordia, antes de dejarla de mi propia voluntad, por cualquier contrariedad y disgusto que pudiera encontrar.

El que confía en el Señor nunca será confundido. Adiós, pues, criaturas, adiós consolación humana, adiós gustos espirituales y divinos, adiós, yo desde ahora renuncio: vayan a dar gusto a quien los desea, que más no busco y anhelo que el cumplimiento perfecto de la suprema y divina voluntad de mi celestial Esposo.

Sagrado Corazón de Jesús, santísimo Corazón de María, purísimo Corazón de S. José, ayúdenme a hacer siempre y sufrir en todo momento lo que Dios quiere, de la manera que él quiere, y únicamente como él quiere (M.E, I, p. 158-159).

7. Dios siempre fue bueno conmigo

¡Cuántas veces en el pasado disgusté a mi buen Dios con mil faltas que ahora no sé detallar y ni siquiera recordar!

Mi defecto dominante siempre fue la impaciencia, donde muchas veces no supe soportar con paciencia y dulzura las contrariedades y las debilidades de mis queridas hermanas, a las cuales a veces no me importó responder con palabras cortantes o poco conformes a la caridad del Corazón manso de Jesús. A esto se añaden muchos otros defectos e imperfecciones, como pereza, frialdad, negligencias, infidelidad, etc. y se verá claramente cuan mal me conducía con mi buen Dios que tantas gracias y favores compartió conmigo.

Si no caí en culpas graves y voluntarias, este fue un nuevo trato de la bondad de mi Dios hacía de mí, y nunca acabaré de restituir a aquel infinito amor desde lo íntimo de mi corazón los más humildes y sinceros actos de gracias. ¡Dios fue siempre bueno conmigo, y yo ah! ¡cómo fui siempre con Él desagradecida! ¡Mi Dios piedad! (M.E., I, p. 202-203).

Segunda Semana

Tema: Conversión de las relaciones

“Jesús no despidió a nadie, sino que se detiene a escuchar y a entablar un diálogo. Ha revelado el rostro del Padre saliendo al encuentro de cada persona allí donde está su historia y su libertad. De la escucha profunda de las necesidades y de la fe de las personas con las que se encontraba, brotaban palabras y gestos que renovaban sus vidas, abriendo el camino para sanar las relaciones.” (DF 51).

8. ¡La estima ante todo!... Y la corrección fraterna

En cuanto a la comunidad, salvo alguna debilidad casi inevitable a nuestra grandísima miseria humana, en general me encuentro contenta y satisfecha y veo con placer que mis queridas hijas se muestran cada vez más animadas y deseosas de la práctica de la virtud... incluso si se encuentran algunas más delicadas y tardan a la negación de sí mismas ... Sin embargo, confío en la bondad de mi Dios que, con el tiempo, también ellas se apartarán un poco más de sí mismas, de las insignificancias de este miserable mundo y se darán una vez con mayor generosidad al servicio de Dios. Pongo mi esperanza en esto: que, a pesar de sus fragilidades, soportan todavía mucho de buena gracia los golpes y las dolorosas heridas que de cuando en cuando cae contra su poderoso amor propio.

¡Ah! cuando vendrá ese día feliz en que podré ver a todas mis queridas hijas animadas por el mismo espíritu de Dios que es espíritu de desapego, de negación, de humildad, de paciencia, ¿de unión y de caridad? ... entonces yo también entonaré con alegría el "nunc dimittis!" (M.E., IIB, p. 91).

9. Hermandad de la amabilidad

En sus relaciones con las hermanas y las muchachas utilice toda la delicadeza posible y prudencia, llevando sin embargo en paz los desagradables encuentros que, sin ninguna culpa, a veces ni de una parte ni de otra, pueden nacer (M.E., IIA, p. 169-170).

¿No conoce usted la hermandad de la amabilidad? ¡Creo que sí, porque ha sido varios años compañera de oficio de Sor Electa que fue su primera propagadora y celadora! Pues bien, practique con atención su Reglamento y le será no solo fácil, sino muy natural, el ser afable y cordial con las jóvenes y con las hermanas." (M.E., IIA, p. 172-173).

10. Corresponder fielmente a la vocación divina

El día 28 del mes pasado, aproveché la ocasión del Capítulo que se celebró para la aceptación de tres novicias y la salida de Hna. Irene para decir algunas palabras de exhortación a las hermanas profesadas reunidas, y mi querido Papá bueno con la querida Madre Fundadora me pusieron en boca palabras fuertes y tocantes. Entre otras cosas dije que cuidara la infidelidad que nos pone fuera de la puerta del Monasterio aunque no lo queramos y que temía mucho que llegara también a otras lo que había llegado a Hna. Irene. [Esto] me impresionó mucho y muchas vinieron a expresarme su temor. Consolé a las tímidas, pero dejé en la incertidumbre a las más

desatendidas, exhortándolas a que se examinaran y cuidaran bien de sus asuntos. Dios quiera bendecir a todas y dar a cada una de corresponder fielmente a la vocación divina. (M.E., IIB, p. 380).

11. Si hay humildad, hay todo

Viendo en su habitación ocho novicias que se preparaban a la Profesión, mirándolas con ojo de especial benevolencia con palabras que, consolando, penetraban hasta el fondo del alma, añadió: *«La Humildad, humildad no solo en el general, sino descender al particular. Si hay esto, hay todo. Si hay humildad, está también la caridad y el compadecer recíproco; se sabrá dejar pasar ciertas palabritas que hieren nuestro amor propio. Debemos ser columnas del Instituto siendo buenas religiosas: amar cualquier oficio porque en él, sea lo que sea, somos reinas. No debemos tampoco hacer tantas exclamaciones en lo que respecta al amor de Dios; quién sabe si verdaderamente amo al Señor... quién sabe... quién sabe... es necesario abandonarnos en los brazos de Jesús, ser generosas, ser grandes. ¡No actuar con corazón pequeño... en la práctica de la virtud, Hermanas mías, se necesita ser verdaderamente grandes, ¡entonces amaremos de verdad al Señor! En las meditaciones no debemos buscar consolaciones sensibles, sino más bien hacer la voluntad de Dios en ellos; estar pues con humildad a sus pies, y no pensar que se pierde el tiempo»* (de: *Para que nada se pierda*, p. 31).

12. Él sabe lo que hace

El hecho de la próxima apertura de una Casa en la India ha producido un gran efecto en la Comunidad, y todas en general se han motivado en la virtud. Permanecen edificadas por la quietud, la resignación y la alegría que brilla en el rostro de cada una de las seis elegidas para la Misión de Hyderabad y se habla comúnmente con admiración y respeto. Alguna se ha sentido mal por no haber sido elegida... pero si se hubiera tratado de mirar al placer ajeno y a mi comodidad, ciertamente no me habría privado de aquellas que me han ayudado tanto y en cambio habría enviado algunas otras cuya lejanía más que de daño me habría aliviado, pero se trataba de buscar la mayor gloria de Dios, el mayor beneficio del Instituto y la quietud de las hermanas destinadas a ser como los fundamentos de esa casa. Bajo ese punto de vista no pude regularme de otra manera de lo que hice. Pero la que se muestra más fría para este movimiento es la querida Sor. Teofila, frialdad en la que, más o menos indirectamente, participan las jóvenes del

noviciado; paciencia, el buen Dios habrá permitido esto para aumentar la pena del sacrificio. Él sabe lo que se hace: ¡sea siempre bendito en todo! (M.E., IIB, p. 394)

13. Caridad fraterna, humildad, generosidad

Y para que a las Hermanas de Santa Ana de la Providencia, que también en los tiempos futuros leerán en estas páginas, sean como en síntesis recuerden algunas recomendaciones que a sus amadas dio en aquel día la Madre, Reportaré lo que para su propio beneficio entregó a la memoria y después se extendió en papel a una de las Misioneras presentes en aquella conferencia: *“Les recomiendo - dijo - una gran exactitud en la observancia de la santa Regla y en sus deberes, de modo que se vea justamente resplandecer en la Casa, porque en fin esto es lo que quiere el Señor quiere de nosotros. Con esto nos quiere santificar. Pongan atención todas ustedes, porque realmente me está en el corazón. Comprendido entre sus deberes, acompañarán también lo mejor de todos, la santa caridad y unión fraterna: esta querida unión de todos hace florecer las casas religiosas. Se necesita sufrir con la otra, es necesario fijarnos bien en la mente que todas estamos defectuosas, y que por eso cada una, aun sin quererlo, es una cruz para las otras, mientras que también tiene bellas virtudes. Compadezcámonos recíprocamente, y estemos bien unidas: para esto se requiere una gran generosidad de ánimo y humildad; se necesita saber pasar, ... acudir en ayuda una de la otra, dondequiera que se pueda, sin examinar tanto. Así pues, mis queridas hijitas, gran caridad y gran humildad.”* (da: Para que nada se pierda, p. 23).

14. Humildad de Jesucristo y verdadera caridad

Sea buena, tome de la mano del Señor las cosas como vienen, tenga paciencia consigo misma y con las hermanas y piense que nos damos el uno al otro para sufrir y recíprocamente debemos soportarnos; pida humildemente perdón a Jesús de su poca fidelidad... y prométele, confiada en su santa gracia, para servirle mejor en el futuro...

Se sabe que no se puede estar siempre del mismo punto de vista, pero cuando hay la humildad de Jesucristo y la verdadera caridad, no es difícil ponerse de acuerdo y elegir lo mejor” (M.E., IIA, p. 67-68. 70).

TERCERA SEMANA

Tema: Conversión de los procesos

“...En la oración y en el diálogo fraterno hemos reconocido que el discernimiento eclesial, el cuidado de los procesos de decisión y el compromiso de rendir cuentas del propio obrar, así como la evaluación de los resultados de las decisiones asumidas, son prácticas mediante las cuales respondemos a la Palabra que nos indica los caminos de la misión” (DF 79).

15. Si es voluntad de Dios, allí estaré

Mientras se acercaba el tiempo de mi Profesión, pienso que esta situación debía causar no poca preocupación a las Hermanas, debido al aparente mal estado de mi salud.

Yo, sin embargo, no pensaba en ello ni temía ser rechazada, porque me decía a mí misma: si es voluntad de Dios, allí estaré; y si no es su voluntad, no deseo otra cosa. Es verdad que tampoco me detenía mucho en este último pensamiento, porque sentía dentro de mí una serena confianza en que sería admitida a la emisión de los santos votos. Y así sucedió, por la infinita misericordia de mi buen Dios, que no tuvo en cuenta mis miserias ni mis ingratitudes (M.E., I, p. 142-143).

16. Le he prometido ayudarlo

Como puede imaginar, queridísimo Padre, la noticia de mi confirmación como Superiora General no me tomó por sorpresa, pues ya había podido prepararme interiormente para recibir esta cruz, según los sentimientos que Usted me había sugerido en una querida carta. Puedo decir que abracé este peso con alegría y gratitud, y Dios sabe cuántas veces le repito que estoy contenta con su querer y que no deseo otra cosa que el perfecto cumplimiento de su santísima voluntad en mí. En cuanto a mi incapacidad para desempeñar bien este encargo, no me inquieto, porque mi Padre celestial se ocupa de todo. Él confirmó como Superior General de nuestro Instituto incluso antes de que yo supiera oficialmente mi confirmación. Siento que mi Buen Papá ha aceptado gustosamente este encargo y que está contento, como muchas veces me lo ha hecho saber por medio de Sor Teófila. Yo le he prometido ayudarlo en todo lo que pueda y obedecerlo en todo lo que reconozca ser de su voluntad, pero sin llenarme de preocupaciones inútiles (M.E., IIB, p. 164).

17. Unidas a la Casa Madre

Les recomiendo mucho permanecer siempre bien unidas a la fuente, a la Casa Madre: “Haya entre nosotras una dulce armonía y un santo afecto. Tengamos muy a corazón el bien de nuestro querido Instituto. Amémoslo y estemos prontas a dar incluso la sangre para cooperar a su crecimiento. El buen Dios tiene preparadas grandes gracias para nuestro Instituto y para esta Comunidad; espera solamente que seamos más humildes y más generosas... ¡todavía no puede concedernos todo lo que desearía! Cuando nos sintamos un poco frías o tentadas de infidelidad al Señor... pensemos que, si cedemos, podemos ser causa de que la Casa quede privada de muchas gracias. Por eso, animo en la hora del sacrificio. Aprendamos a hacer bien los sacrificios, con sencillez y generosidad: Dios y yo, y basta” (Para que nada se pierda, p. 23).

18. Esperaremos el momento de Dios

Manifesté al señor conde Maresocchi mi parecer respecto al internado: le dije que, si el número de alumnas no aumentaba, no podría dejarle la maestra, porque es casi imposible que una sola Hermana pueda sostener durante tanto tiempo una labor continua desde la mañana hasta la noche, sin un momento de descanso. Él comprendió bien la situación y me respondió que tenía esperanza de que aumentarán, ya que había presentado el programa del internado para su aprobación y confiaba en obtenerla; por eso pensaba difundir copias para promover el internado. Ahora esperamos ver qué dispondrá el Señor. Tanto el señor Conde como la Condesa se mostraron satisfechos con la maestra, especialmente por el trato con sus hijas.

Respecto a las escuelas comunales, acordamos dejar por ahora este asunto, pues comprendí que él deseaba que nosotras mismas presentáramos la solicitud; pero esto no me pareció conveniente. Por eso, esperamos que el Municipio nos llame, si así lo quiere, o mejor aún, esperamos el momento de Dios para cumplir su voluntad (M.E., IIB, p. 313-314).

19. El buen Papá es el verdadero, único y sapientísimo Superior

“Siento que tendremos que pasar por algunas tribulaciones, quizá pocas, quizá muchas, pero el querido buen Papá sabrá sacar de estos males aparentes nuestro verdadero bien, para su gloria y para el bien de nuestro querido Instituto. Que el buen Dios nos humille y nos mantenga pequeños

por algún tiempo está bien, y yo lo acepto con paz, esperando con certeza que, cuando llegue su momento, nos levantará y hará que se cumplan sus designios. Yo no quiero ni deseo otra cosa que la divina voluntad; me consideraré siempre feliz, sea como sea que esta se cumpla sobre mí y sobre mi pobre Instituto, del cual el buen Papá es el verdadero, único y sapientísimo Superior” (M.E., IIB, p. 237).

20. ¡Solo Él, solo, solo!

Lo que no podría soportar, y que, por así decirlo, no quisiera jamás del buen Papá, es la destrucción del Instituto, porque siento profundamente que Él tampoco la quiere. Sería para mí insoportable ver a mis queridas Hermanas privadas de lo necesario y no poder socorrerlas. ¡Oh, esto sería verdaderamente un dolor desgarrador para mi corazón!... A veces este pensamiento se me presenta con tanta fuerza que me causa un sufrimiento muy grande... Otras veces, al ver que los hombres intentan destruir el Instituto, mientras el buen Dios parece asegurar a cada momento que quiere hacerlo prosperar, renace en mí la confianza de que se acerca el tiempo de sus misericordias, tanto para nuestro Instituto como para mí, pobre criatura.

Siento, Padre queridísimo, esperar y desear grandes cosas de mi querido Papá; y, sin embargo, desde hace ya mucho tiempo, como le he dicho, no puedo ni sé pedirle nada sino a Él solo, solo, solo (M.E., IIB, p. 224).

21. El Eminentísimo Protector aprobó el Proyecto

Aquí me encuentro finalmente ante Usted, queridísimo Padre, para contarle con detalle las circunstancias que acompañaron el conocido asunto de las Indias.

Desde que la querida Sor Eufrasia me escribió que Monseñor Barbero había pedido algunas de nuestras Hermanas, sentí interiormente una certeza de que el buen Dios las quería. Busqué excusarme ante Él diciendo que no había Hermanas suficientes para esa misión, o que, al menos, se desorganizarían muchas casas. Presenté mis resistencias al querido buen Papá, me ofrecí dispuesta a cualquier sacrificio que Él me pidiera, pero dentro de mí permanecía siempre un secreto deseo que aquello no se realizara.

No pudiendo, sin embargo, decidirme a decir que no, respondí favorablemente a la carta mencionada, esperando todavía encontrar alguna

oposición por parte del Eminentísimo Protector. Pero, lejos de oponerse, Él aprobó plenamente el proyecto. La respuesta, sin embargo, llegó tarde, y el Obispo, según las disposiciones tomadas, ya debía haber partido cuando llegó el permiso de Roma.

A pesar de todo, yo estaba firmemente persuadida de que no partiría y de que el buen Dios dispondría las cosas de tal modo que agradara no solo la oferta, sino también el cumplimiento real de nuestro sacrificio (M.E., IIB, p. 391-392).

CUARTA SEMANA

Tema: Conversión de los vínculos

“La conversión sinodal invita a cada persona a ensanchar el espacio de su propio corazón, el primer ‘lugar’ donde resuenan todas nuestras relaciones, arraigadas en la relación personal de cada uno con Cristo Jesús y con su Iglesia” (DF 110).

22. Instrucción en los pueblos y países pobres

Experimentaba una grandísima consolación al poder socorrer a los pobres por amor de Dios, y en esto mi buen tío me apoyaba generosamente, dejándome plena libertad para dar limosna a cuantos necesitados se presentaban.

En algunas ocasiones, mi querida madre me enviaba también a casas de personas pobres y enfermas para llevarles algún socorro y prestarles servicio caritativo, lo cual realizaba con gran alegría interior (M.E., I, p. 110-111).

Después de hacerse religiosa y quedar profundamente impregnada del espíritu del Instituto que había abrazado, me parecía que las Misiones no eran en absoluto contrarias a su finalidad, que es la de beneficiar al prójimo mediante la instrucción, especialmente en pueblos y países pobres...

Mientras tanto, el Padre Pellicani quiso que probara a privarme, al menos en parte, de aquellas pequeñas comodidades que incluso en la vida religiosa se pueden tener, pero que no se encuentran en aquellas regiones tan pobres.

En el comedor, servía en la mesa y podía reservarme la porción menos sustanciosa, más conforme al objetivo que me había propuesto. No bebía vino y dormía, al inicio dos veces por semana y luego tres, en el suelo.

Finalmente, el 2 de febrero de 1858 pude pronunciar el tan deseado voto (M.E., I, p. 345-348).

23. Dar la vida por la salvación de las almas

Vos, oh gran Santo, San Francisco Javier, veis mis ardientes deseos de hacer, padecer y derramar la sangre por la salvación de los infieles. No despreciéis este deseo mío; defended mi causa ante el Altísimo, para que, por vuestra intercesión, obtenga aquello de lo que soy indignísima.

Yo, confiada en la ayuda de Dios, de María Santísima y en la protección de vuestro y mío poderoso Patrono San Francisco Javier, os prometo ser fiel imitadora de vuestras virtudes y, en cuanto es permitido al débil sexo, seguir vuestras huellas a través de mares, arenas ardientes, peñascos y precipicios, sin temer marcar, como ya lo hicisteis, mis pasos con mi sangre. Santísimo Mártir, pongo mi causa en vuestras manos y la confío a vuestro poderoso patrocinio: haced que no quede defraudada mi esperanza de dar la vida por la salvación de las almas.

Reconozco que soy débil, pero sé que el Señor puede servirse de instrumentos débiles, y ordinariamente así lo hace, para que resplandezca más su gloria; por eso espero de vos esta gracia (M.E., I, p. 350-351).

24. Caminamos hacia la gloria de Dios y al bien de la sociedad

... debo comunicarles que la Santa Sede ha concedido a nuestro santo Instituto un nuevo Protector, en la persona del Eminentísimo Cardenal Vicario de Su Santidad, Rafael Monaco Lavalletta. Grande es la gracia con que el Señor nos ha favorecido, y por ello merece toda nuestra gratitud. Para manifestarla de algún modo, durante ocho días consecutivos diremos en común un Te Deum con un Padrenuestro en honor de nuestra gloriosa Patrona y Madre Santa Ana. Desde ahora en adelante, además, se ofrecerá la Comunión de cada domingo por las intenciones de dicho Eminentísimo Protector.

La augusta persona que espontáneamente se digna protegernos merece nuestra veneración y gratitud, y aún más la merece Dios, que visiblemente nos muestra su favor. Es, pues, deber nuestro orar fervientemente por el Eminentísimo Purpurado, como también por todos los Superiores de la Casa, para que Dios, iluminándolos y guiándolos con la luz de su Santo Espíritu, haga que las cosas del Instituto caminen prósperamente a gloria

del Señor y para bien de la sociedad, tan necesitada de auxilios espirituales (M.E., IIA, p. 34-35).

25. Todo procede de común acuerdo y con satisfacción

De la carta al Canónigo Giovanni Battista Tamagnone: “Habiendo examinado el proyecto que me fue transmitido por Vuestra Señoría Reverendísima, y habiendo cumplido lo prescrito por nuestras Constituciones respecto a la aceptación de nuevas Casas y Establecimientos del Instituto, me es grato responder hoy favorablemente a su venerada carta del 16 del corriente, conforme en mi nombre le prometió días atrás la Superiora Local.

Por cuanto hasta ahora he podido conocer, tengo motivos para creer que mis Hermanas y yo estaremos contentas de haber asumido la dirección de esas Escuelas Infantiles y Elementales, confiando en la bondad y benevolencia de Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima, y del benemérito Consejo de Administración, esa cordial comprensión que tanto contribuye a que todo proceda de acuerdo y con satisfacción común.

Como, sin embargo, en todas las cosas la mejor maestra es la experiencia, ruego a Sus Señorías Ilustrísimas se me permita expresar un pensamiento: que la aceptación del presente contrato sea, por ahora, a modo de experimentación para ambas partes, de modo que, si en algún punto surgiera alguna dificultad, se puedan introducir oportunas modificaciones.

Preveo, además, que, si el Asilo Infantil llegara a ser muy numeroso, cuatro Hermanas no podrían bastar para atenderlo, sabiendo por experiencia cuán pesadas y fatigosas son estas Escuelas” (M.E., IIA, p. 217-218).

26. ¡Dios es bueno! ¡Siempre!

Otra contradicción experimento en mí misma: mientras por una parte siento vivamente las muchas tribulaciones de la Iglesia y de su Cabeza visible, por otra me siento como indiferente y no logro entristecerme; y, sin embargo, si bastara derramar la sangre y dar la vida, no una, sino mil veces, para obtener que se apresuraran las divinas misericordias y cesaran tantos males, Dios sabe cuánto lo haría gustosamente.

Lo que experimento en grande respecto a la Iglesia, lo experimento también en pequeño respecto a las cosas de la Comunidad y de cada Hermana en particular. Compadezco a las enfermas y atribuladas, y daría la vida por aliviarlas, porque sufro más al ver sufrir que al sufrir yo misma.

Pero nada logra quitarme la paz y el descanso que encuentro en Dios y en el cumplimiento de su santa y adorable voluntad. ¡Dios es bueno! ¡Siempre! (M.E., IIB, p. 96).

27. Todo, todo lo ofrece por amor

Me ofrecía a este amantísimo Corazón pronta a sacrificar, por su amor, salud, reputación, honor y cuanto existe en este mundo que pueda agradar a la pobre humanidad. Todo, todo lo ofrece por amor, si es del agrado del buen Dios, por el bien de la Iglesia, nuestra queridísima Madre, por todo el Clero, por los Religiosos, por el Estado, por los pecadores y por mi pobre Instituto.

¡Oh, cuán dichosa me consideraría si con el sacrificio de mi vida pudiera al menos impedir una sola ofensa a Dios! (M.E., I, p. 385-386).

28. Elige lugares donde ejercer la caridad hacia los humildes

La Sierva de Dios manifestó su amor a la pobreza en la siguiente circunstancia. En el año 1885 adquirió en Roma un amplio local para fundar una casa de instrucción. Destinó la sala más digna a capilla; las demás, a aulas, dormitorio y comedor de las alumnas, reservando para las Hermanas los desvanes como dormitorios.

Tanto es así que una hermana, Sor Concettina, fallecida en estos días, al llegar de Roma a Castelfidardo, donde yo me encontraba, comentó: “Con la hermosa casa de Roma, las habitaciones de las Hermanas son verdaderamente pobres”.

También el Cardenal Lucido M. Parrocchi, nuestro Protector, al visitar la Casa, se complació al ver observado escrupulosamente el voto de pobreza por voluntad y disposición de nuestra Venerable Madre.

En la apertura de nuevas casas, elegía preferentemente lugares donde hubiese mayor campo para ejercer la caridad hacia los humildes y los pobres. Y cuando, por conveniencia, debía aceptar colegios o casas para jóvenes de condición acomodada, introducía en ellos, por espíritu de pobreza, una sección de escuelas para niños y niñas pobres (María Enriqueta Dominici, Nova Positio, n. 72).